

## Cuba desde la óptica de las mayorías populares

En el contexto del derrumbe del "socialismo real" en Europa del este, se ha puesto la mirada en Cuba acusándola y condenándola como regida por un sistema antidemocrático, autocrático, anacrónico, destinado inexorablemente a desaparecer por la dinámica "democratizadora" del mundo actual dominada por el neoliberalismo capitalista. Cuba no es una democracia. Es más, se piensa y se afirma que no puede existir jamás una democracia socialista. Incluso el grueso de la intelectualidad académica y un buen sector de la intelectualidad de izquierda, aún la declarada marxista, piensa igual. Agreguemos a esto el descrédito universal mismo del socialismo, producido por el estalinismo colapsado, y el de las categorías centrales del marxismo como la dictadura del proletariado y nos encontramos en un escenario en el cual un autor que sostenga que Cuba es una democracia socialista, estaría pregonando en el desierto.

Para juzgar adecuadamente la realidad cubana hay que tener en cuenta el "lugar" desde donde se la mira. "La cabeza piensa donde los pies tocan la tierra". Esto significa que un mismo objeto, una misma situación, no es vista del mismo modo por dos observadores situados en perspectivas y lugares distintos. Un latinoamericano tiene mejores condiciones para apreciar una obra de García Márquez que un europeo, así como el mismo texto del "Manifiesto Comunista" será comprendido diferentemente en un aula de la Sorbona o en el movimiento popular de nuestro país.

Cuando se habla de Cuba, ¿a partir de qué concepto lo hacemos?, ¿dónde tocan nuestros pies?,

¿desde la gran óptica de los países industrializados avanzados que celebran el fracaso del socialismo en el este europeo como una victoria de la "libertad" y la "democracia", o desde las condiciones degradantes y deshumanizantes de las mayorías en las poblaciones de Africa, Asia y América Latina? Nuestro punto de partida para comprender la revolución cubana tiene como presupuesto la situación de las mayorías populares de los pueblos del tercer mundo y de América Latina, en particular.

Desde esta óptica, podemos reiterar que Cuba reúne —caso excepcional en América Latina—, condiciones de *democracia económica y social*. No es una dictadura burocrática o una tiranía autocrática. Además, contiene notables espacios de participación popular y expresión de la voluntad ciudadana de carácter democrático, con potencialidades para ampliar democráticamente su régimen político.

Un sistema político pluralista, regido por el funcionamiento de varios partidos con diversidad de programas es una necesidad de la democracia política formal. Igualmente lo es, en consecuencia lógica, la libre actividad de la *oposición*. Ahora bien, es sólo la autodeterminación de un pueblo la que puede y debe conducir a la construcción de un sistema de democracia pluralista; nunca ésta debe ser impuesta desde el exterior. Siempre son endógenos los factores decisivos y determinantes, y sólo ellos pueden otorgarle *legitimidad*.

Por otra parte, hay que destacar que son los pueblos, y sólo ellos, los que pueden y deben ponderar axiológicamente la conveniencia, como prioridad, de la democracia en todas sus expresiones o

en cualesquiera de ellas o la liberación del dominio extranjero o la necesidad de lograr la suficiente cohesión estatal y nacional. Si para los chinos *vale* más la democracia o es prioritaria la unidad estatal y nacional junto con la cohesión económica (necesidad de crear un sólido mercado nacional) y la independencia plena de su país, ese es un problema que los chinos y sólo ellos pueden y deben decidir.

Igual ocurre en relación a Cuba respecto a la valoración axiológica de la definición del orden de prioridades o la gradualidad de la democracia. Sólo los cubanos pueden valorar la necesidad de impedir a toda costa la pérdida de la independencia política y de la soberanía libremente ejercida a fin de no caer en una condición similar a la de la mayoría de los países latinoamericanos sometidos a las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional y los poderes estadounidenses. Determinar las formas, los ritmos, los grados y matices específicos de la democratización de Cuba les corresponde exclusivamente a los cubanos.

En su tiempo, Simón Bolívar y José Martí le otorgaron *valor* prioritario a la independencia política real de nuestros países en relación a las potencias europeas y a Estados Unidos. Es impensable un Bolívar planteando en el Congreso de Panamá la implantación inmediata de la democracia y no la unidad de América Latina ante la amenaza histórica encarnada en la voracidad expansionista de Estados Unidos.

Repitámoslo una vez más: el problema del régimen democrático en un país determinado es un problema fundamentalmente histórico. Y es el pueblo respectivo el que debe decidir la oportunidad y las formas específicas de la democracia en cuestión.

Pero, además, hay que evaluar el contexto internacional en que funciona el régimen político cubano. Cuba atraviesa una etapa histórica con un *contexto internacional anormal*, antijurídico e in-moral, desde el comienzo del proceso revolucionario, pero ahora quizá más impregnado de peligros mayores que nunca. El factor principal del contexto externo anormal en que se desenvuelve la vida de Cuba es, obviamente, el proyecto estadounidense tendiente a destruir el régimen político, las con-

quistas sociales y el sistema de vida social. Se requiere de ingenuidad extrema o mala fe cuando se escriben textos o se pronuncian discursos exigiendo una democracia "estilo occidental" en la isla, soslayando el hostil y *anormal contexto internacional* en que vive desde hace treinta años. La *anormalidad o excepcionalidad* de la coyuntura cubana actual no sólo está determinada por el propósito aniquilador de Estados Unidos, sino también por el nuevo escenario mundial que se está configurando, en toda su complejidad, y que funciona como matriz de múltiples e infinitos problemas y obstáculos al desenvolvimiento *normal* de Cuba a nivel económico, social y también jurídico-político, incluyendo la vida cotidiana. La transición a una democracia real, que incluya el pluralismo político e ideológico, elecciones directas y demás elementos del sistema de democracia política ideal se visualiza como algo de altísimo riesgo, dadas las dificultades del *contexto internacional* y particularmente la política exterior del gobierno de Bush.

En otras palabras, el *contexto internacional* es ahora desfavorable para la apertura democrática total. Tal contexto internacional produce determinantes que obstaculizan la configuración de un régimen político plenamente democrático.

Los revolucionarios cubanos, Fidel Castro, en particular, han percibido siempre los riesgos reales que todo avance democrático, toda expansión de la democracia política, significa para la revolución. Concretamente, los dirigentes cubanos captan el hecho innegable de que el pluralismo partidario e ideológico sería de inmediato utilizado por el gobierno imperial de Bush y algunos gobiernos cómplices tras el objetivo de lograr la neocolonización de la isla, destruir el sistema y sus enormes conquistas sociales e instalar las miserables condiciones en que sobreviven casi todos los pueblos de América Latina.

No se requiere ser simpatizante del proceso revolucionario cubano para percibir, con absoluto realismo, que la aceptación de la libre creación de partidos con todas las ideologías existentes, el reconocimiento de una oposición al socialismo, etc., conduciría irremediablemente a la implantación del "capitalismo a la latinoamericana" y la democracia tutelada al gusto de los poderes estadouni-

dense y de toda la reacción derechista continental y mundial.

Ciertamente para quien razona desde sus propios intereses, Cuba es un país insoportable. No se pueden tener empleadas domésticas ni carro propio con facilidad, ni hacer turismo en el exterior, ni tener acceso a bienes de consumo superfluos. Para un integrante de la clase alta, Cuba es un infierno, ante las restricciones que tendría que enfrentar; lo mismo para los miembros de los sectores medios, ante tantas exigencias y sacrificios que tendrían que asumir. Pero esto no es así para las grandes mayorías de nuestros países que se debaten en la lucha por su supervivencia en un medio de aguda privación y escasez.

No se puede analizar la situación cubana sin tomar en cuenta sus condicionamientos históricos-estructurales, como el bloqueo, la deuda externa, el bajo precio de sus productos de exportación, la dependencia tecnológica del ex bloque socialista del este europeo.

Desde sus inicios Washington impuso un cerrado bloqueo comercial y económico. Toda la tecnología tuvo que ser sustituida. Una simple licuadora era imposible de encontrar por no haber en el bloque socialista piezas de reposición adecuadas a los equipamientos occidentales. Se necesitaron muchos años para que la base material de Cuba, el único país socialista de occidente, se adaptase al perfil tecnológico del este europeo. Estados Unidos impedía, y sigue haciéndolo, la importación de medicinas y de todo tipo de ayuda humanitaria. Como no hay caídas de agua en la isla, toda la energía es movida en base a petróleo, obligado a viajar desde la ex Unión Soviética, 13 mil kilómetros por mar, pues el bloqueo no permite que sea importado desde México o Venezuela.

Además, Estados Unidos jamás ha aceptado la soberanía real y plena de cualquier país del mundo. *Capitalismo o muerte* ha sido la siniestra opción impuesta por el imperio estadounidense. Cuba se vio en la contingencia de decretar el ca-



rácter socialista de la revolución, aliándose a la ex Unión Soviética, para librarse de algo parecido a la que más tarde ocurrió en la Grenada con Maurice Bishop y en la Nicaragua sandinista. Quien conoce la historia cubana sabe en qué condiciones tan difíciles el pueblo cubano resistió y derrotó la invasión de Playa Girón, organizada por el gobierno estadounidense en 1961. La agresión de Estados Unidos ha sido una constante a lo largo de las tres últimas décadas, obligando a Cuba a realizar enormes esfuerzos y a distraer recursos con lo que podría haber avanzado más para darle mejores condiciones de vida digna a todos sus ciudadanos, erradicando la pobreza.

A pesar de esto, Cuba ha prosperado en relación con el resto de países latinoamericanos. De acuerdo a CEPAL, en los últimos treinta años, la esperanza de vida en América Latina creció apenas de 51.8 a 68 años. En Cuba saltó de 59.5 años, en 1955, a 75.2, en 1990, la más alta del continente. La mortalidad infantil de América Latina decreció, pasando de 126 a 54.6 por cada mil nacidos vivos, entre 1955 y 1990. En Cuba, en cambio, pasó de 80.6 a 15.2, la más baja del continente. Además, Cuba ha alfabetizado a toda su población, ha creado un sistema avanzado de salud, ha dado empleo, ha extendido a todos condiciones modestas —pero dignas— de vida y la educación se ha convertido en un derecho por el cual ningún habitante de la isla necesita desembolsar un centavo.

De acuerdo a testimonio de visitantes y observadores independientes, en Cuba no se encuentran niños perdidos en las calles, mendigos acostados en las avenidas, gente viviendo del subempleo, zonas de prostitución o familias durmiendo al lado de basureros. Ciertamente no es un paraíso, pero comparado con los demás países de América Latina, Cuba ha conquistado un nivel de vida que permite a sus ciudadanos rescatar su dignidad humana. En otros ámbitos, Cuba se ha situado a la cabeza de América Latina en biotecnología. Los científicos cubanos han logrado desarrollar en el laboratorio 42 proteínas diferentes. Sólo ahora, Brasil, México y Argentina, intentan producir una proteína cada uno. En farmacología hay resultados también impresionantes. Entre los últimos aparecen diversos tipos de interferón para tratamientos

de quemaduras graves, cáncer, hepatitis, lepra, leucemia, esquizofrenia y otras más, además de numerosas vacunas como las empleadas contra el virus de la hepatitis B y C. Cuba fue el primer país en lograr esta última. En deportes, basta ver los resultados obtenidos por los países latinoamericanos en los Juegos Olímpicos de Barcelona, donde Cuba obtuvo 31 medallas de las 39 obtenidas por América Latina.

Por otra parte, la evolución de los acontecimientos en Europa del este ha ayudado mucho para la reflexión de los cubanos. Las noticias que llegan de Europa del este, Panamá y Nicaragua son motivo de reflexión: ¿qué pasó cuando los aliados de Estados Unidos ganaron en Nicaragua? ¿Vino el desarrollo y la bonanza? ¿Qué pasó en Panamá? La imagen de Endara haciendo huelga de hambre para conseguir ayuda lo dice todo. Sólo con ver el desempleo, la vuelta a la pobreza, el colonialismo que se implanta, la ocupación extranjera, bastan para hacer reflexionar a cualquiera. También llegan a Cuba las imágenes del resultado del modelo neoliberal impuesto en América Latina, lo cual demuestra su incapacidad para resolver los problemas esenciales de las mayorías. Se puede decir que actualmente, en el pueblo cubano, se unen la capacidad de resistencia y el nivel afectivo con un elemento de razón, de valoración racional objetiva. ¿Cuál puede ser la alternativa? Esto lo dice todo.

De hecho, el pueblo cubano ha estado demostrando en esta difícil coyuntura de bloqueo y aislamiento capacidad para enfrentarla con creatividad y esperanza. La sublevación popular que esperan los grupos fascistas exilados de Miami es un cálculo erróneo. Pero, además, a diferencia de lo que ocurrió en los países ex socialistas, en Cuba no existía ni existe dentro de su población un sentimiento de admiración indiscriminado por el modelo y el estilo de vida estadounidense. Los pueblos de Europa del este no podían analizar los aspectos más pueriles y superficiales de la cultura de Estados Unidos. Y es que en Cuba no se prohibió el cine, lo mejor del cine europeo, latinoamericano, el cine bueno y malo. La música de Estados Unidos con excepción de algunas etapas no ha estado prohibida. En la ex Unión Soviética era un tabú y

reaparecía en los sueños de la gente. En Cuba no ha habido estalinismo. La revolución se hizo con el menor derramamiento de sangre. La intelectualidad cubana tiene características que la distinguen de otros países socialistas o ex socialistas. Y esto viene también de su tradición. El más grande héroe de la independencia cubana, José Martí, es además el pensador político y revolucionario más grande. Asombra ahora la vigencia de su pensamiento antiimperialista, un sentimiento de vanguardia en los intelectuales cubanos de los años 90. Existe una tradición de intelectuales comprometidos y realmente ha sido muy rara en Cuba la cultura conservadora. A esto hay que agregar las características propias de la revolución cubana; hay una gran cantidad de matices, como por ejemplo el estar rodeada por un mundo caracterizado por la injusticia y la miseria por el cual los cubanos pueden revalorar sus proyectos y logros. No es fácil decir en un país tan pequeño y sitiado que no hay pordioseros o que hay un médico por cada 300 habitantes.

Sin embargo, sobre la hegemonía de la ideología neoliberal, se proclama la democracia como valor universal. ¿Pero qué se entiende por democracia? ¿Es acaso ese simulacro, meramente formal, predominante en América Latina, que ni siquiera soporta un gobierno sandinista en Nicaragua o el programa moderado del padre Jean Bertrand Aristide en Haití, o una efectiva participación de la mayoría de la población en las decisiones políticas y económicas del país? Si tomamos en serio la etimología de la palabra democracia, gobierno del pueblo y para el pueblo, estamos obligados a reconocer que esa utopía nunca se ha realizado en la faz de la tierra, excepto en peque-

ñas aldeas indígenas. No obstante, es un paso considerable verificado en Cuba, el que todo el excedente recogido del trabajo de su población por el Estado sea revertido en beneficio de la misma, en forma de derechos económicos y sociales, aún con todas las limitaciones y restricciones del modelo cubano.

Aun estando en desacuerdo con el principio del partido único, con la ausencia de movimientos populares autónomos y una total estatización de la economía, hay que reconocer que las conquistas éticas y sociales de la revolución se toman a Cuba como una señal de esperanza para todos lo que en América Latina sueñan con liberarse de la opresión capitalista, sobre la cual las leyes del mercado funcionan como un selecto club que privilegia a unos pocos y excluye a las mayorías del pleno derecho a la vida.

Según datos del Bureau de Censos de Estados Unidos, de 1990, el número de pobres subió al 33.6 por ciento sobre una población de 248.7 millones. O sea, más de 2.1 millones de pobres en relación con 1989. Son consideradas pobres las familias de cuatro personas cuya renta total no llega a los 13,359 dólares anuales. Según el gobierno de Estados Unidos, una quinta parte de los niños y la tercera parte de los negros del país son pobres.

Si hoy el 80 por ciento de la producción mundial es absorbida por apenas el 25 por ciento de la población del planeta, ¿cómo puede haber esperanza de vida para los millones de personas que lo habitarán en el año 2000, sin socialización de los bienes y la propiedad?

H. S.